

Hay en el ser humano un palpable, evidente y sincero sentimiento de inadecuación que nos acompaña en la vida, una obstinada inadaptación a lo dado que puede ser dolorosa o llevadera según las circunstancias y opciones personales de cada cual. Pero, aun siendo general en el ser humano, lo cierto es que en el caso de la mayoría de las mujeres esa inadecuación suele ser profunda, intensa, hiriente, por vivir en un mundo fundamentalmente misógino, por su ajenidad respecto a los sistemas de ordenación social, por tener que afincarse demasiadas veces en los márgenes. Esto es, muchas mujeres tenemos un sentimiento de inadecuación muy hondo que, con el tiempo, se suele volver sereno, tranquilo, habitable. Aprendemos a convivir con la herida, que a muchas nos acompañará siempre y formará parte de nosotras, de lo que somos y de lo que hacemos.

Esa herida, como toda herida, revela vulnerabilidad. La vulnerabilidad del cuerpo femenino en un mundo regulado bajo la lógica del poder y del dominio, la vulnerabilidad de las mujeres en un mundo ajeno, hostil, del que somos más conscientes que nunca. Y, sin embargo, con todo, tener conciencia de la herida o de la vulnerabilidad no posee la capacidad de curar, saber la causa apenas alivia, difícilmente consuela. Además, también el cuerpo masculino es vulnerable, aunque de otra manera.

Solo queda habitar la vulnerabilidad ya que hoy, mucho más que antes, somos conscientes de nuestra fragilidad, y quizá por ello nos hemos visto en la obligación de reelaborar el sentido de la vulnerabilidad, de revisar las connotaciones negativas que la asocian con una debilidad, como si fuera una carencia, porque no es una carencia, antes bien, es, precisamente, una fortaleza, pues posee la fuerza de lo real, el vigor, la agilidad y la vitalidad del vínculo con la realidad. Posee la energía de lo auténtico, el empuje de lo existente.

La inadecuación y la vulnerabilidad nos apremian a una búsqueda, a veces frenética a veces tranquila, del sentido del propio ser en el mundo, del sentido de la existencia, de la propia presencia. Y muchas veces se recurre a la misma fuente de la que, se dice, beben otras personas, se indaga en ella, con el anhelo propio de la búsqueda, pero demasiado a menudo no sirve esa fuente de la que quizá se han nutrido otras, pues lo que para alguien es un rico lugar para otra persona puede ser un páramo seco, sin vida y sin esperanza. Queda, entonces, la posibilidad de iniciar un largo camino para encontrar el hontanar adecuado, el corte preciso, el espacio amado.

En ese camino es frecuente sentir necesidad de compañía, deseo de compartir las vivencias, los sentimientos y, por ello, a veces se genera la ilusión de una unidad que propicia el encuentro, que proporciona confianza y seguridad, que procura apoyo. Pero esa unidad que suaviza la inadecuación suele ser imaginaria, producto de la necesidad de calidez en un mundo tan frío y tan despectivo con lo femenino, del deseo de hablar con quienes entienden nuestro malestar, con quienes comparten algún aspecto de la propia visión del mundo y conozcan y sientan esta profunda, intensa y contumaz inadecuación.

Es, simplemente, una búsqueda de compañía, de apoyo, de comprensión en las apuestas de vida, ánimo en los momentos de abatimiento. La esperanza de encontrar ese calor al unir muchos sueños y consolidar un proyecto, pero esta unidad no es la respuesta, porque la unidad no constituye un apoyo al ser de cada cual, en realidad es su ocultación, puesto que lo que se pide es que se dejen las diferencias a un lado y se haga un frente común en una sola dirección. Por qué ocultar que se suele pedir una unidad lo más cerrada posible, y por ello, en mayor o menor medida, una renuncia a todo aquello que pueda minar esa unidad. Es decir, se suele pedir que las discrepancias y diferencias se queden en un segundo plano para poder componer un sujeto colectivo, plano y sin fisuras, un engranaje compacto

e ideal reunido bajo eslóganes simples e ideas generales con los que mucha gente se pueda sentir identificada, pues su fuerza deriva de la cantidad de personas que pueda atraer, y no de su veracidad, por ejemplo.

Son formas de hacer que ocultan más que muestran, que cierran posibilidades más que abrir nuevos espacios, son modos que ya apenas pueden aportar algo nuevo porque se constituyen como bloques de presión y lucha social. Es más, la calidez, el apoyo, la comprensión, no los proporcionan un grupo ni un colectivo, los da otra persona, la relación con alguien, el intercambio y la escucha, no el colectivo.

Un fantasma abandona Europa, el fantasma de la unidad. La unidad que tanto pidieron los movimientos sociales del siglo XIX y XX, la unidad que siguen pidiendo hoy los partidos políticos, esa unidad que va desapareciendo del pensamiento político porque cada vez tiene menos crédito; es una herencia de viejas formas de hacer que se han quedado obsoletas y sin apenas validez en un mundo tan distinto del que se originaron.

Agrupar, clasificar, unir son operaciones que facilitan la sujeción y la vigilancia, no constituyen una posibilidad verdadera de sumar esfuerzos para conseguir mayores resultados bajo la premisa de que “la unión hace la fuerza”. En el caso del movimiento de mujeres es especialmente llamativo porque la fuerza del movimiento de mujeres está, precisamente, en su capacidad crítica, en su radical insubordinación a las estructuras de cualquier sistema de dominación, su fuerza y sentido está en su libertad, está en su apego a la realidad y la libertad, que en su sinceridad no puede por menos que generar diversidad. O de otra manera, su fuerza está en volver permanente la pregunta de cómo se desea vivir y las condiciones que la hacen realizable. Una pregunta que aún persiste en el movimiento político de mujeres y que ya ha dado lugar a multitud de respuestas distintas, por eso no tiene sentido anularlas e intentar englobarlas en una teoría, encerrarlas en una

extraña miscelánea que deja poco espacio a la posibilidad de entender las inquietudes, circunstancias, deseos y necesidades que dieron lugar a las diversas interpretaciones de la realidad dadas por tantas mujeres.

Unificar posiciones termina generando un ambiente que, si bien al principio puede ser ligero y versátil, a medida que pasa el tiempo se va cargando de razones, de argumentaciones, se convierte en algo pesado y denso que se impregna en el cerebro y dificulta el pensar, que se pega a la piel y dificulta sentir. Algo que poco tiene que ver con el movimiento político de mujeres, pues este es una profunda herida en la tradición que llega hasta sus raíces y que continuamente señala el exceso androcéntrico, el vano afán de omnipotencia y omnipresencia. Un corte que permite evidenciar la existencia de otra mirada hacia el mundo, un horizonte diferente e infinito que no tiene como referente ni el poder ni el control ni el dominio.

Ese horizonte ilimitado permite una gran diversidad de caminos, distintas maneras de interpretar los hechos, formas diferentes de ser y pensar que se muestran en los diversos feminismos, pero lo más relevante no es la mera existencia de la pluralidad sino el diálogo creativo que a veces se genera entre las distintas maneras de pensar, siempre que sea un diálogo sincero y en primera persona, poniéndose en juego, esto es, un diálogo político. Un diálogo cuyo fin último no es convencer sino aprender, comprender, escuchar, intercambiar y crecer.

Es fácil, pues, ver y aceptar las grandes posibilidades de la apertura a lo distinto pero, a pesar de ello, hay que reconocer que las discrepancias nos suelen separar porque no sabemos gestionarlas como una riqueza y no hay una buena práctica del conflicto. Es decir, o bien sentimos que alguien nos ofende cuando opina diferente, o bien nos importa tanto la relación con alguien que no decimos lo que pensamos y huimos del posible enfrentamiento para no dañar el vínculo. Ambos escenarios dejan escapar la posibilidad del mutuo

intercambio, ambos pierden una oportunidad. Lo cual no quiere decir que el intercambio o el diálogo sea siempre posible, sino que de verdad es enriquecedor cuando no se pretende convencer ni destruir o anular. Frenar los cambios, las diferencias y las discrepancias es ante todo síntoma de miedo, no de amor. El amor a la verdad no es lo que lleva a mantener posturas dogmáticas, lo que conduce a ese tipo de intransigencia es el deseo de poder y de control.

Esto no quiere decir que la unidad sea nefasta o suponga siempre un sacrificio de una parte de libertad, la unidad no contiene en sí misma la violencia o la renuncia. No pretendo, por tanto, defender aquí el contrasentido de reivindicar una unidad contra la unidad, sino que, más bien, quiero poner de relieve la utilización abusiva del llamamiento a la unidad porque termina enmudeciendo los propios deseos y sueños, los anhelos más íntimos y las pasiones, y todo en beneficio de un ideal propuesto por alguien cuya motivación seguramente está más cerca de la ambición de poder y afán de protagonismo que de sinceras ganas de cambiar las cosas.

La tan traída y llevada frase “tenemos que fijarnos en lo que nos une y no en lo que nos separa” es un recurso fácil para cancelar las discrepancias, para no abrir el conflicto ni el debate, por el miedo a la ruptura. Un miedo, por otra parte, basado en el pensamiento binario de contrarios, es decir, en la afirmación de que o hay unión o hay ruptura, o de otra manera: “estás conmigo o estás contra mí”. Esta práctica impide la política porque acalla voces, aquieta conciencias y modera deseos. Reprime y dificulta la libertad (aunque no la impide). Se trata de una ocultación interesada que pretende constituir la verdad de una idea y la falsedad de otra, una posición vencedora y otra perdedora. Es una lucha velada que da entidad a quienes forman parte de los bandos, la entidad de estar en un lado o en el otro, ser de un bando o de otro, estar en un grupo de presión u otro, y no solo eso, está también la aventura, la tensión y el riesgo de la competición, de ver quién es más inteligente y sagaz,

quién se alza con la victoria. Tanto es así, que muchas veces lo que se busca es precisamente la confrontación por la confrontación, para generar esa tensión que alimenta el ego y la polaridad, para generar adrenalina y excitar artificialmente la vida. Energía estéril que se retroalimenta únicamente a sí misma y suele provocar un inútil desgaste.

Así pues, los diálogos que se abren desde esta posición son vanos, son enfrentamientos en los que hay más destrucción que aprendizaje, más ofensas que sentido. Es entonces cuando aparece el lenguaje bélico, cuando surgen expresiones como “hacer frente”, “detener”, “luchar”, “la unión hace la fuerza”, “cerrar filas”, etc. Términos que muestran la existencia, al menos para la persona que así habla, de una contienda, de una expectativa de vencer, de conquistar un espacio.

Es habitual encontrarnos con grupos, organizaciones o partidos que buscan el apoyo de las mujeres, que solicitan nuestro aval, quizá con buenas intenciones, o quizá no, pero la diferencia de hoy con respecto a los siglos anteriores es que ahora esta petición suele ser escuchada con prevención y sospecha. Posiblemente se deba al abuso de “buenas palabras” sin hechos o con hechos vacíos, las “buenas intenciones” que tantas veces se han desenmascarado mostrando que nunca llegaron a ser siquiera intenciones. La profanación de esperanzas, las tretas, las intrigas y los tejemanejes para hacerse con el poder han sido tan numerosos y han provocado tantas decepciones que se ha creado un clima general de falta de confianza.

Es verdad que se suele proponer la unión como un valor y la desunión como un problema, pero también es verdad que hoy no es posible negar que el llamamiento a la unidad suele esconder un deseo de poder, de manipulación o de liderazgo. Es decir, cuando se reclama la unidad, para luchar contra algo o para tener un punto de vista común, en general, lo que se suele pedir es que se dejen las diferencias de lado y se haga causa común, pero ¿es lícito pedir que se

deje de ser quien se es, dejar de lado las propias opiniones y singularidades al margen para conseguir algo? ¿El fin justifica la renuncia a sí?

El sacrificio en beneficio de una causa es posible, y también frecuente, pero, pasado el tiempo, lo más probable es que esta renuncia termine pasando factura, porque las discrepancias son necesarias para que las ideas no se conviertan en dogma, en marcos fijos que dificulten interpretar los cambios de una realidad cambiante. Carla Lonzi era una ferviente defensora de que las ideas no se convirtieran en dogma, de no hacer del pensamiento un monumento sin vida y sin sentido, y las mujeres de la Librería de Mujeres de Milán y de la comunidad Diótima ya en sus inicios insistían en crear un pensamiento que parta del sí² de cada cual, porque es el único que tiene sentido, el único que no puede fijarse y convertirse en dogma. Esto, desde luego, no implica la apuesta por la pluralidad. La pluralidad, por sí misma, no es política, como no lo es el mero horizonte, pero sí lo es la escucha atenta, el contacto, tocar y dejarse tocar, la apertura a dejarse cambiar, aprender y enseñar.

Por tanto, insisto, la apuesta no es una unidad contra la unidad, antes bien, lo que se pretende destacar es que solo tiene sentido una unidad que conserve en sí la diferencia y la diversidad, la posibilidad de discrepar y de cambiar de opinión, que no anule lo que cada cual lleva en sí. Es posible, por tanto, una unidad que no anule ni cancele, por ejemplo hay una unidad viable en el descontento profundo, un descontento tan fuerte e insoportable que provoque el desbordamiento, las ganas irrefrenables de cambio, el deseo de renovación y evolución de una situación estancada con la que ya no se puede convivir. El descontento es, de esta manera, político, junto con los deseos, las pasiones, los sueños... La energía del descontento ha sido un gran motor de importantes cambios políticos y sociales, y aún lo es.

Así pues, la unidad, entendida como bloque monolítico y compacto sin espacio para la discrepancia, ya no

tiene apenas fuerza, lo que en un tiempo y lugar fue revolucionario suele ser hoy un instrumento de sujeción y sumisión porque ha evolucionado hacia formas despóticas encubiertas. Cuando se apela a la unidad lo que se pide es la unidad hacia algo ya pensado, lo que se reclama es el apoyo incondicional a “una causa”, representada por una figura más o menos carismática.

La libertad da miedo, más miedo de lo que nada puede dar³. Las generaciones anteriores encontraron el camino de esa libertad en la rebelión,⁴ hoy el camino es otro, iniciarlo provoca angustia, no hacerlo supone una renuncia inhabitable. El camino ha comenzado ya con el abandono de formas simplistas y unitarias que no pueden dar cuenta de la complejidad de lo real, un inicio que sin duda provoca desorientación y temor, pero también supone una oportunidad, la oportunidad de lanzarse a buscar otros lugares —quizá ya en parte transitados, o quizá no— que abran caminos de libertad. Es este tal vez el momento más interesante porque el sentido de esta libertad se apreciará sobre todo en sus inicios, inicios titubeantes y frágiles⁵ como todo lo apenas nacido que durante un tiempo se muestra puro, claro y prístino.

Fecha de recepción del artículo: 4 de abril de 2011. Fecha de aceptación: 28 de mayo de 2011.

Palabras clave: Crisis de la unidad — política — movimiento de mujeres — vida — Europa — corrupción política — movimientos de protesta — voto.

Keywords: Crisis of unity — politics — women’s movement — life — Europe — political corruption — protest movements — vote.

* Una parte de este artículo está ya publicado anteriormente en la revista de la comunidad filosófica femenina Diótima "Per amore del mondo", en el artículo titulado "Crisis de la unidad":

(http://www.diotimafilosofe.it/riv_online.php).

¹ Véase María-Milagros Rivera Garretas, "Partir de sí", en *El Viejo Topo*, n. 73, marzo 1994.

² Véase Luisa Muraro, "La fragilidad de los inicios" en *El Dios de las mujeres*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y HORAS, 2006, p. 63.

³ *Ibid.*, p. 65.

⁴ *Ibid.*, p. 67.